

En la barrera, Benito dijo al guarda:

—Si fuera á la entrada, pagaríamos el derecho M. Mignot..... estos amigos tienen mas de lo que pueden llevar.

—Es preciso, estamos en carnaval, M. Benito, respondió M. Mignot.

—La pasais bien? No os he visto pasar hoy con Mohicano.....

—Este pícaro, dijo para sí Benito, siempre el mismo, solo al veros venir..... en seguida levantó su capote de hule y mostrando el dominó.

—Es uno fantasma en todas edades; le dijo al mismo tiempo, quereis hacer una visita.....

—No vale la pena..... buenas noches, M. Benito.

—Buenas noches M. Mignot.

El carruaje atravesó la reja, cuando el hombre de la manta corria ya por la subida de Montmartre.

XXIII

LAS DOS BERLINAS.

Alberto de Rosen y la señora duquesa de Rivas, se hallaban solos en esa pieza apartada; donde madama Dalmas y la señorita Susana, habian introducido por tres veces á Juan Lemiere, groom del vizconde Enrique de Villiers.

Madama Dalmas y la señorita Susana, habian visto entrar á Alberto de Rosen.

—No es el vizconde, habia dicho la Dalmas con profunda admiracion.

—No vá tan mal! habia respondido Susana.

ALFONSO ALFONSO
UNIVERSITARIA

LIBRERIA

Su opinion esta yá fijada.

Por tanto, decidieron en su sabiduría, que con una duquesa como ella, las utilidades del papel de confidenta, bien podian dividirlas.

Y por consecuencia firmaron un contrato de asociacion estas dos respetables personas, reasumiendo en una palabra la mente de este contrato.

—Si ella no entra en razon, dijo la Dalmas, ahí está el señor duque!.....

..... Por qué medio Towah me volvió la vista; contaba en este momento Alberto, del otro lado de la puerta, yo no sabré decirlo..... Al uso de ciertas plantas, unia prácticas ridículas que me quitaban toda confianza. Veinte veces estuve á punto de interrumpir el tratamiento, al oírle cantar y bailar al derredor mio: al sentir el aire que hacia con sus manos moviéndolas sobre mi cabeza..... Pero Dios permitió que hubiera tenido paciencia hasta el fin.

—Casi un mes despues de aquella noche en que el conde de Villiers esquivó mi venganza, Towah me dijo una noche:

“Amo mio, este será el último apósito.

Yo he hecho lo que mi padre, que hacia lo que sus abuelos. Mañana estará ya libre vuestra frente, y vuestros ojos podrán seguir la pista de vuestros enemigos!”

—No lo quise creer, y sin embargo pasé una noche en la mayor agitacion.

—Pensaba en vos, Cármen. La idea de volver á ver á Ellen, anonadaba, mi corazon.

—Oia á Towah que cantaba en la cámara inmediata y me decia, por qué he dado pábulo á la esperanza loca y supersticiosa de este hombre!

—Al siguiente dia se despidió el apósito; cayeron las hojas que rodeaban mi frente y bajaban hasta mis labios.

—Arrojé un grito, mientras Towah daba brincos descompasados á mi derredor como un furioso.

—Yo veia!.....

—Me aproximé á un espejo, no existia ninguna cicatriz en mi rostro! *

* Mackensie cita el hecho de que no hay un solo ciego entre el Missisipi y las montañas. Habla de un Panie-Loup que curó los ojos de Mistris Cambell, de Bristol, sobrina del Presidente Webster. Este hombre, dice Mackensie, poseia un secreto hereditario.

Me arrodillé para dar gracias á Dios, que es el único que puede hacer milagros.

—Towah me trajo mi carabina y me dijo, “atravesamos el mar; mis desnudos piés tienen frio”

—Podré deciros, Cármen, lo que yo sufrí al volver á ver á Ellen! La habia dejado llena de juventud, llena de vida y la volvia á ver hecha un fantasma

—Ella fué quien me habló de Elena.

—Que no llegue á ser su esposo! me dijo.

—Yo le respondí; parto al momento.

—Tomó mi mano entre las suyas pálidas y frias y murmuró:

—Alberto, perdonadme!

Despues, derramó abundantes lágrimas.

—Juradme, me dijo por último, esta es mi suprema súplica. juradme que no le arrancaréis la vida.

—En tanto que él pueda reparar su falta, os lo juro! respondí yo.

—He escrito á Elena, me dijo, y Elena no me ha contestado.

—He sabido despues que un criado de

confianza de Boistrudan, habia sido comprado por el vizconde.

“Cerca de Ellen, en una blanca cuna se hallaba un ángel hermoso de ojos azules, á quien, desecado su seno, habia tenido necesidad de poner en manos de una nodriza extranjera.

—Al dia siguiente partí con Towah.

—Hace tres meses que abandoné la América; y hace tres dias que me encuentro en Francia.

“He vuelto á ver mi hermoso país de Hungría, en este intervalo: los tiempos han cambiado; M. de Metternich ya no está en Viena.

El jóven emperador me ha devuelto mis títulos y mis bienes. . . .

—Y habeis venido á Francia únicamente para buscar á Enrique de Villiers? interrumpió la duquesa.

—He venido á Francia para buscar á la muger que se parece á Ellen.

—Y os sentís capaz de amar?

—La amo!

Hubo un momento de silencio, durante el cual, la duquesa permaneció pensativa.

—Yo, dijo ella, en los momentos en que se disipaba la palidez que se habia pintado en su semblante, abandoné San Felipe al dia siguiente al de vuestra partida. Tenemos parientes en el Sur. La hermana de mi madre me dió la hospitalidad en Durango; el marques de Concha estaba en esa ciudad, en donde descansaba de sus correrías por la Sonora. Supo la muerte del duque de Rivas, su padre, y pidió mi mano. Yo nada habia olvidado entónces; le dije todo, y él me besó la mano llamándome duquesa. Tres semanas despues estábamos casados, y partimos en seguida para Rio-Janeiro, en donde el emperador ofreció al nuevo duque la embajada de Francia.

—Y sois feliz, Cármen? preguntó el conde.

—Yo lo seré, respondió.

Despues, dirigiendo una mirada al magnífico reloj cuyo cuadrante estaba sostenido por las cabezas de las gracias de Canova.

—El tiempo se pasa, prosiguió; Isabel se encontraba ayer en casa de la marquesa, y por la relacion que ella me ha hecho, he adivinado que érais vos.... el general

O'Brien corria el riesgo de su vida al entrar aquí; el general O'Brien es mi prisionero, y á esta hora se halla en camino de Alemania.....

—Sabeis, se interrumpió sonriendo, que nosotras las de raza española estamos siempre por los medios extremos.... El debia teneros listas dos berlinas en la avenida Gabrielle.

Allí están las berlinas: qué vais á hacer de ellas?

—Que me sirvan para evitar los asesiios apostados delante de vuestro hotel.

—Ah! exclamó Cármen, luego habeis recibido mis cartas.... Por qué habeis venido?

—Porque esta historia es preciso que tenga su desenlace al despuntar el dia.... Yo lo quiero!

—Sea.... Teneis necesidad del secretario del señor duque?

—Unicamente para poder salir á los Campos Eliseos.

—Y cuál era el papel de O'Brien?

—Debia llevarme un vestido para mudarme....

Tocaron suavemente la puerta del gabinete.

—Señor Juan! gritó Susana con un tono de ironía, á través de la cerradura.

—Que éntre! contestó la duquesa.

Juan venia á decir que el famoso landó habia partido con los dos dominós, el cochero de contrabando y el lacayo apócrifo.

—Mira, Juanito, exclamó la duquesa; quieres ser el intendente de un gran señor?

Luego, sin aguardar respuesta:

—Conde, prosiguió; este niño no es un criado, os lo llevaréis á Hungría por amor á mí.

—Niño, tú no te separarás de mi lado nunca, dijo Rosen; prepárate á partir esta misma noche.

—Abandonar á mi madre! murmuró Juan, que tenia las lágrimas en los ojos.

—La casa es grande, nos llevaremos á tu madre.

—Y mis hermanos..... y mis hermanas.....

—Tus hermanos y tus hermanas, cualquiera que sea su número.... y, por vida mia, que será una familia dichosa!

—Anda, Juanito, y has lo que te mandan!

Antes de marcharse, el niño añadió:

—El hombre de Montmartre ocupaba el pescante.

—Ha tenido el descaro de hacer entrar al paje, mientras el otro estaba allí! decía en voz baja en la puerta la señora Dalmas.

—Ah! querida mia! buen chasco hemos llevado!.... la creíamos una principiante!

Cármen y Alberto tuvieron la misma idea.

Qué nueva intriga se ocultaba con la partida del landó?

Por qué retirar una máquina de guerra en los momentos mismos del asalto?

—He prometido al vizconde de Villiers mostrarle aquí mismo al conde Alberto de Rosen. Quiero cumplir mi palabra..... pero como considero al vizconde capaz de todo, voy á hacer uso de mi ventaja y ponerme á cubierto al ménos del puñal de sus asesinos... No me verá sino en el terreno...

—Batiros con ese hombre, vos! exclamó Cármen.

—Obligarlo á reparar su falta!

—Pero si habeis prometido no matarlo...

—Lo que yo he prometido lo cumpliré estrictamente.... pero nada mas ni menos.... la presencia del general O'Brien me era inútil para cumplir con el compromiso que tengo contraido con el vizconde, de mostrarle á Rosen.... el socorro del secretario del señor duque me hacia salir de aquí sin riesgo de ser asesinado al paso: vos sois la que me ha sugerido estas precauciones con vuestras cartas.

—Habian sentenciado á morir á cuatro hombres: á Towah, al conde Alberto, á Jorge Leslie y á O'Brien.

—En tanto que él tema á Rosen, no atará contra la vida de Leslie.

La duquesa reflexionó un instante.

—Qué hace Towah esta noche? preguntó.

—Towah trabaja por su cuenta, respondió Alberto; anoche se ha entretenido en engrasar los cueros de sus mocasines que tenia secando hacia mas de un año.

—Alberto, escuchadme, replicó la duquesa; es una locura, un crimen, poner en riesgo vuestra vida.....

—Mi creencia, respondió Alberto, es, que de ninguna manera la arriesgo.... si este

hombre no me asesina, nada puede contra mí.—Veis, pues, que tomo cuantas precauciones tengo en mi mano contra el asesinato.

—Si ocurriérais á la justicia, acaso podríais.....

—Y qué haria la justicia por miss Ellen Talbot? preguntó Rosen.

—Ademas, prosiguió, dejando entrever en sus labios la sonrisa; nosotros los magyares, tenemos la pretension de ser los últimos caballeros. Así mi padre me decia, mostrándome su sable:

—“Dejemos á los jueces que duerman!”

—Si el vizconde no quiere ó no puede dar una reparacion á Ellen, su sangre me pertenece por dos veces, y yo derramaré su sangre!

La duquesa de Rivas lo miró con sorpresa, y despues pronunció con gravedad:

—Es esta vuestra determinacion irrevocable?

—Irrevocable! respondió Rosen.

—Decidme, pues, lo que es necesario hacer para serviros como quereis, dijo la du-